



DOS CLANES. SOLO UNO SOBREVIVIRÁ.

MARFIL Y HUESO

JULIE ESHBAUGH

Cazar, recolectar y mantener a su familia a salvo, esa es la única vida que el joven Kol conoce hasta que llega Mya, una enigmática muchacha que viene del sur con los suyos. Kol está muy interesado en conocerla mejor. Por desgracia, los intentos de Kol por impresionarla y llamar su atención tienen funestas consecuencias. Y la tensa relación entre Mya y Kol se enrarece aún más cuando llega un clan del norte. Con el clan viaja Lo, una mujer con la que Mya parece tener cuentas pendientes. La tensión va en aumento hasta que la violencia estalla entre los clanes. Kol sabe que una de las dos chicas, uno de los dos bandos, ha estado buscando la guerra desde el principio. En mitad del enfrentamiento y sin poder confiar en nadie, Kol tiene que averiguar por quién decantarse.

Índice de contenido

Cubierta

Marfil y hueso

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Epílogo

Agradecimientos

Acerca de la autora

*Para mis padres, George y Louise Krikorian.
Gracias por enseñarme a soñar a lo grande
y a no dejar de creer en mis sueños.*

PRÓLOGO

La oscuridad en esta cueva es tan absoluta que ya no soy capaz de verte, pero puedo oler tu sangre.

—Creo que se te ha vuelto a abrir la herida.

—No, está bien.—Tus palabras resuenan en las paredes cercanas. Aun así, tu voz parece más suave—. Me la he rozado con los dedos y está seca.

Necesitamos luz y calor. Toco el suelo y palpo los restos del fuego que hemos hecho antes.

—Tienes la herida debajo del pelo, Mya, y tienes el pelo empapado.

—Lo tengo frío, mojado por la lluvia y el hielo. Estaría caliente si lo tuviera empapado de sangre.—Está herida, helada y sangra, y aun así se mantiene firme.

—Voy a encender fuego—digo.

Busco por el suelo y doy con cieno y cenizas antes de tocar un trozo de madera astillada que se descascarilla en los extremos porque se ha quemado. Un poco más allá, el suelo desciende hasta un agujero poco profundo: el foso para las fogatas.

Me adentro en la oscuridad con una mano extendida delante y se me raspan las rodillas por los trozos de madera rota y las piedras del suelo. Por fin toco con la mano lo que recuerdo como un montón de leña amontonada a propósito contra la pared más apartada.

Me pone nervioso estar en un sitio tan oscuro. Pero aún me inquieta más estar aquí contigo.

Mientras sopeso los trozos de madera en las manos, se me empieza a adaptar la vista a la poca luz que se filtra desde fuera. El negro cede paso al gris al tiempo que las sombras se vuelven objetos. Separo la madera de la yesca. En una roca plana junto a la madera descubro lo que necesito para prender el fuego: un palo largo tallado y una tabla.

—Si me das un momento, conseguiré que entres en calor, ¿de acuerdo?

Espero, pero no me respondes.

—¿Mya?

—Sí, enciende el fuego. Creo que dormiré un rato.

—No, nada de dormir. Quiero que estés despierta. Necesito compañía, alguien con quien hablar.

—¿Y de qué vamos a hablar?

Juego con el palo entre los dedos y dudo.

—¿De qué crees que deberíamos hablar?

Tal vez no tendría que habérselo preguntado. Las cosas que podrían decirse son incontables, y aún más incontables son las que deberían callarse.

Coloco el palo entre las palmas de mis manos, con uno de los extremos insertado en una ranura de la tabla y rodeado por un puñado de hierba seca y pelo humano. Froto y froto con las manos y voy girando el palo como si intentara hacer un agujero. Paso las manos por todo el palo una vez, dos veces y hasta tres. Gracias a la fricción, por fin aparecen los lazos del humo alrededor de la tabla.

Distraído por la tarea, casi se me olvida la pregunta que te he hecho. No sé cuánto tiempo llevas callada.

—¿Mya?

—Bien—dices tú, pero la palabra te araña la garganta como si te hubieras tragado un puñado de gravilla—. Intentaré no dormirme, pero tendrás que hacer algo para que siga despierta.

—¿A qué te refieres?

—¿Por qué no me cuentas una historia?

—No me sé historias.

Las ascuas prenden y de repente aparece un fulgor anaranjado en la yesca. Me tumbo de costado y soplo la hierba de manera uniforme para conseguir sacar más volutas de humo.

—Cualquiera que haya vivido tiene una historia que contar, Kol.

Mientras prende el fuego me incorporo y le doy vueltas a lo que acabas de decir. ¿Qué podría contarte? Todas mis historias están entrelazadas con la tuya.

—¿Qué quieres oír?—le pregunto.

—Cuéntame algo extraordinario, una historia que sorprenda y maraville.—A pesar de estar algo aturdida, capto un deje de esperanza en tu voz—. Cuéntame el día más sorprendente y maravilloso de tu vida...

UNO

Estoy tumbado sobre la hierba con los ojos cerrados, tratando de escuchar el zumbido de las abejas, pero aún es demasiado pronto para que haya abejas, lo sé. Necesitaba una excusa, supongo, algo que decir para salir un rato del asentamiento; las abejas volverán pronto de todos modos. Antes de la próxima luna llena, estas flores silvestres estarán abarrotadas de abejas y yo iré a por sus colmenas. Solo me he adelantado un poco.

—¡Kol!

Me incorporo al oír la voz de Pek, que me llama desde el extremo sur de la pradera. Me asombra escucharlo, con todo este viento que azota hasta el Gran Hielo que marca el límite norte de nuestra zona de caza. Blande su lanza por encima de la cabeza, y un breve rayo de luz ilumina su punta de piedra; es un estallido momentáneo de luz, como si fuera un guiño de la Divina. Pek vuelve a gritar y me parece que dice «un barco», pero no puede ser. Desde tan lejos y con todo este viento, podría estar diciendo cualquier cosa.

Pek es un corredor muy veloz y me alcanza antes de que tenga tiempo de preocuparme de lo que sea que tiene que decirme, que no podía esperar hasta que yo volviera al asentamiento. Tiene la cara roja y unas lágrimas se deslizan por sus mejillas debido al escozor del viento.

—Un barco—dice. Apoya las manos en las rodillas y se inclina para recobrar el aliento.

—¿Vienes corriendo desde el poblado?

—Sí—contesta, ladeando la cabeza para que el viento le aparte el pelo de los ojos y pueda mirarme. Tiene la frente perlada de sudor—. Hay un barco en la playa. Una canoa larga y muy bonita tallada de un solo árbol. No te puedes llegar a imaginar lo bonita que es.

Le recorro el rostro con la mirada; a sus dieciséis años aún tiene rasgos suaves y aniñados. Se parece mucho a nuestra madre, tiene su sonrisa y unos ojos que resplandecen como quien guarda un secreto.

—¿Es un juego o algo? ¿Me estás gastando una broma?

—¿Y por qué me molestaría en correr hasta aquí si...?

—Pues no lo sé, pero ya te digo yo que no existen barcos hechos del tronco de un solo árbol.

—De acuerdo. Créete lo que quieras.

Pek hace girar la lanza en su mano derecha hacia el espacio vacío que tenemos delante, como si pudiera ver el pasado o tal vez el futuro. Sin mediar palabra, da unos pasos ágiles por la hierba y, con una gran exhalación, tira su lanza—una vara de hueso de mamut con una punta de obsidiana— hacia un objetivo invisible. Tenía el viento a su espalda para ayudarlo, pero no puedo negar que ha sido un lanzamiento tremendo.

—Supera eso—me dice mientras recoge mi lanza, que yo había dejado antes sobre la hierba.

Mi lanza es idéntica a la de mi hermano, también es una barra de hueso de mamut, pero en lugar de obsidiana, prefiero que la punta sea de marfil. Es más difícil de tallar, pero el marfil es más fuerte. Agarro la lanza, tenso y relajo la mano hasta que el peso es el correcto. Doy tres pasos, echo el brazo hacia delante pasando la mano por encima del hombro y suelto la lanza en el momento óptimo. Es un lanzamiento ejecutado a la perfección.

Aun así, se queda clavada a unos dos pasos de la de Pek. Seré su hermano mayor, sí, pero todo el mundo dice que él nació con una lanza en la mano. Siempre me ha superado en esto.

—No está mal—dice él—. Debería bastar para impresionar a las chicas.

—Espero que no se me olvide—digo yo forzando una sonrisa. No hay chicas de nuestra edad en el clan, algo de lo que Pek y yo solemos bromear para disimular que nos preocupa. Pero no es broma, y nadie lo sabe mejor que Pek y que yo.

Sin chicas, no habrá esposas para mis hermanos ni para mí, y nuestro clan podría menguar y hasta morir.

—No tendrás tiempo de que se te olvide.—Pek mira algo que está más allá de mis hombros y esboza una sonrisa que le ilumina la mirada. De repente, esto ya no me parece una broma. Se me hace un nudo en el estómago y me doy la vuelta.

Al sur de la pradera, por el mismo lugar por el que Pek había aparecido hacía tan solo un momento, vemos a dos chicas, flanqueadas por nuestro padre, nuestra madre y un hombre al que no reconocía.

—Pero ¿qué...?

—¿Me crees ahora con lo del barco?

No tengo respuesta. Me quedo allí inmóvil; no sé cómo moverme para no caer. Hace mucho tiempo, más de dos años, desde que vi a una chica de mi edad por última vez.

Me fijo en estas dos mientras se nos acercan con movimientos decididos. Vienen a ritmo tranquilo y llevan sendas lanzas. Una viste con pieles ceñidas y va algo por delante del grupo. La capucha de su parka le oculta el pelo y su rostro está medio escondido en las sombras, pero es evidente que es una chica; el movimiento de los hombros y el contoneo de las caderas la delatan.

La segunda chica eres tú.

En la distancia no puedo verte bien la cara, así que tu ropa es en lo primero que me fijo. Parece que hayas heredado la parka y los pantalones de un hermano, porque son mucho menos entallados que los de la primera chica. A pesar de todo, hay feminidad en las pequeñas cosas, como en

la forma de tu cuello largo y desnudo y el resplandor dorado de tu piel bronceada a la luz del sol. No llevas la capucha puesta, de modo que tu cabeza está al descubierto, permitiendo que tu melena morena, sin recoger ni trenzar, fluya como un río en un día de viento.

Te acercas y me quedo impresionado por la belleza que hay en el equilibrio de tus facciones. Me fijo en las fuertes líneas de tus cejas y tus pómulos en comparación con la suavidad de tu boca. Tus ojos—oscuros y muy abiertos—recorren la pradera, y me sorprende notar cómo me late el corazón esperando que se posen en mí.

Este puede ser el día más sorprendente y maravilloso de mi vida.

Sin embargo, a medida que el grupo avanza, me doy cuenta de que te quedas rezagada. Cuanto más te acercas, más seguro estoy de tu tristeza. Tu expresión, con la mandíbula tensa y los labios apretados, es una muestra evidente de tu malestar. Imagino que te han obligado a emprender este viaje. Giras la cabeza y miras de un lado a otro, tratas de asimilar lo que seguramente debe parecerte poco más que un páramo desolado por el viento. Para mí, esta pradera es como el mar y la vida bulle bajo la superficie, pero para la mayoría de las personas—y para ti, se nota— no es más que una dehesa vacía.

Mi cabeza se llena de preguntas, pero antes de que le pueda preguntar nada a Pek, los cinco os detenéis delante de nosotros.

—Hijo—dice mi padre, con un deje de tensión en la voz. Puede que un desconocido no se dé cuenta, pero yo sí—. El día de hoy nos ha traído buena fortuna. Estos son nuestros vecinos del sur, del clan de Olen. Ya nos visitaron una vez hace muchos años, cuando se trasladaban de su antiguo asentamiento al noroeste de aquí al lugar que ahora llaman hogar.

Me acuerdo, por supuesto. Nuestro clan tiene tan poco contacto con extranjeros que cuando pasa un grupo no se

me olvida. Fue hace cinco años; yo tenía doce por aquel entonces y recuerdo a unas niñas de nuestra edad. Ahora me doy cuenta de que me acuerdo de ti.

Viajabais en barco; erais un pequeño clan que iba hacia el sur en kayaks hechos de piel de foca sobre una estructura de huesos de mamut, como los kayaks que usamos en mi clan para pescar y recoger moluscos y algas marinas.

Pienso en el barco que me ha descrito Pek, una canoa tallada del tronco de un solo árbol. Nunca he visto una canoa, aunque he oído hablar de ellas: barcos abiertos hechos de madera en lugar de piel y hueso como nuestros kayaks, tan largos que pueden transportar a varias personas a la vez. Hasta mi padre me ha hablado alguna vez de las Canoas de Madera que vio con sus propios ojos en un viaje de exploración que hizo al sur de las montañas, mucho antes de nacer yo.

Pero nunca había oído hablar de una canoa hecha con el tronco de un solo árbol. Nunca me había imaginado un árbol tan grande.

Al menos, no hasta hoy.

Hace tiempo que se habla de que nuestro clan necesita trasladarse más al sur. Nuestras manadas han ido menguando progresivamente y algunas incluso ya no vuelven del sur en primavera. Otros animales, como los mamuts, se han ido al norte, siguiendo el Gran Hielo a medida que este se separa del mar.

No obstante, ha habido un obstáculo insalvable que impide cualquier plan de trasladarse al sur. Cuando tu clan se fue de nuestras tierras hace cinco años, no os marchasteis como amigos sino como enemigos.

Incluso ahora, después de tantos años que separan aquel día del de hoy, recuerdo el rencor cuando partió tu clan. Recuerdo los murmullos de una posible guerra. El miedo que me impedía dormir a mis doce años; miedo de que mi padre se marchara al sur a combatir y no volviera nunca más. Hoy, aun con todos estos años que han difumi-

nado los recuerdos, ese rencor sigue ahí como una octava presencia en este círculo de siete.

No obstante, tanto si habéis traído ese rencor con vosotros como si se nos ha unido por voluntad propia, los tres estáis aquí, y eso sugiere nuevas perspectivas. ¿Podría ser que nuestros dos clanes, enemigos durante cinco años, se hagan amigos e incluso aliados? Parece que mi madre sí lo cree. Nada más explicaría su presencia aquí en la pradera, ya que no suele alejarse tanto del asentamiento. También explicaría su sonrisa.

Ella sabe reconocer la oportunidad cuando llega a su orilla.

—Padre ha invitado a nuestros huéspedes a cazar con nosotros—dice Pek arqueando las cejas mientras me hace un gesto con la cabeza; dos cosas que, intuyo, deben de tener algún tipo de significado oculto. Supongo que me está diciendo que mantenga la calma y no me escabulla de mi labor como líder en la caza.

Pek sabe que detesto cazar mamuts. No porque sean inmensos o porque sean muy difíciles de abatir. Cada tipo de presa presenta dificultades y peligros. No, detesto cazar mamuts porque no se puede pasar por alto su inteligencia. Tienen mucho más que una sensación de miedo; entienden la muerte. No corren porque se los persiga; corren para evitar que se los mate.

Saben que intento matarlos.

No siempre me he sentido así. Hace solo un año, cuando tenía la edad de Pek, le pedía a mi padre que me dejara encabezar la caza. Un día por fin me dejó probar. Fui delante de la partida de caza. Di la orden cuando llegó el momento de mover a la manada. Y con el primer lanzamiento conseguí que la lanza se clavara en la carne del animal.

Fue un lanzamiento limpio y, mientras el mamut corría, la sangre salía a borbotones de la herida y formaba un caminito rojo brillante en la escarcha bajo nuestros pies. Ese momento se me quedó grabado en la mente: mientras caía